

¿LOCUS HORRIBILIS? El destierro en el Gran Oasis egipcio durante la Antigüedad Tardía

Margarita Vallejo Girvés¹

En los siglos IV y V d. C., el Gran Oasis egipcio fue frecuentemente utilizado como lugar de deportación por las autoridades imperiales, siendo especialmente notable el número de casos de miembros del clero cristiano, tanto herejes como ortodoxos pero molestos al poder imperial, que sufrieron deportación en esa región extrema del *limes* meridional del Imperio². Aunque fueron varios los personajes que acabaron siendo desterrados a los oasis egipcios durante la Antigüedad Tardía³, en esta ocasión queremos individualizar este estudio a partir de los casos de varios obispos egipcios partidarios de Atanasio de Alejandría, desterrados al Gran Oasis por Jorge de Capadocia, c. 356; de los presbíteros Eugenio y Macario, exiliados por orden de Juliano en el contexto de su política religiosa; y el de Nestorio, patriarca de Constantinopla entre los años 428 y 431, que fue definitivamente desterrado al Oasis debido a sus doctrinas sobre la *Theotokos*, polémica

¹ *Area de Historia Antigua. Universidad de Alcalá de Henares (España)*. margarita.vallejo@uah.es. Este trabajo se inscribe dentro del Proyecto de Investigación BHA 2001-0981 “El mestizaje en el Mediterráneo Antiguo. Etnogénesis y Aculturación”, de la Dirección General de Investigación. Secretaría de Estado de Política Científica y Tecnológica.

Queremos también señalar que esta contribución se enmarca dentro de nuestras investigaciones sobre el exilio durante la Antigüedad Tardía y Primera Época Bizantina, tema al que nos venimos dedicando en los últimos años y que se ha materializado ya en M. Vallejo Girvés, “*In Insulam Deportatio* en el siglo IV d. C. Aproximación a su comprensión a través de causas, personas y lugares”, *POLIS. Revista de Ideas y Formas Políticas de la Antigüedad Clásica* 3, 1991, pp. 153-167; *Ibid.*, “Obispos exiliados y confinados en monasterios en época protobizantina”, *Actes du colloque international de l’Antiquité tardive (VIe.-VIIe. siècles)*, P. Marcilloux dir, *Les hommes en Europe*, París 2002, 155-170; *Ibid.*, “Africa tardorromana como lugar de exilio y deportación”, *L’Africa Romana. Atti del XIV Convegno Internazionale di Studi “Lo Spazio marittimo del Mediterraneo Occidentale: Geografia storia ed economia”*, Roma 2002, 2177-218; *Ibid.*, “Los exilios de católicos y arrianos bajo Leovigildo y Recaredo”, *Hispania Sacra* 55, 2003, 35-47, en prensa.

² J. Schwartz, “*In Oasin relegare*”, R. Chevallier ed., *Mélanges d’Histoire et d’Archéologie offerts à A. Piganiol*, París 1966, vol. III, 1484.

³ Entre ellos podemos mencionar a Pedro ‘el Batanero’, que consiguió escapar de Oasis (c. 477) (*cf. Epist. ad Simpl.* en *PL* LVIII, 59-61); Kalandion de Antioquía, c. 489 (*cf. Teoph., Chron. ad a. m. 5982*); Doroteo, monje de Alejandría, c. 509-510 (*cf. Teoph., Chron. ad a. m. 6002*); varios monjes y oficiales del Imperio que ayudaron al patriarca de Constantinopla, Macedonio II, c. 512-513 (*cf. Teoph., Chron. ad a. m. 6005*), etc....

vinculada al desarrollo del I Concilio de Efeso. Añadiremos a esta lista el caso del único laico que conocemos, el de Timasio, cónsul del año 389, relegado al Oasis al ser acusado de traición por el todopoderoso Eutropio⁴. La razón de que partamos de estos casos es que aunque, como hemos visto, son varios los allí desterrados, los documentos que nos hablan de estos casos proporcionan más datos sobre el particular ambiente del lugar de destierro que el mero dato de su exilio.

Atanasio de Alejandría, que es quien nos informa sobre el destierro de sus compañeros de episcopado Amonio, Hermes, Anaganfo y Marcos, comenta que, al ser exiliados al Gran Oasis, fueron enviados “*al desierto, en lugares áridos y hostiles*”⁵. La fuente que nos habla del exilio de Eugenio y Macario consigna que “*la región provoca enfermedades, particularmente debido a los vientos devastadores que la azotan; ni uno de los allí enviados sobrevivió un año sino que murieron rápidamente*”⁶. Zósimo, que es quien más ampliamente comenta el destierro egipcio de Timasio⁷, describe así su lugar de destino: “*...es éste un ínfimo paraje del que no han podido salir ninguno de los en él confinados. Pues el territorio que lo rodea, al ser arenoso, absolutamente desértico e inhabitable, priva de la orientación a quienes marchan a Oasis, dado que los vientos se llevan, con la arena, las huellas y que tampoco existen señales que puedan servir de indicio al caminante, como árboles o casas...*”⁸. Por su parte, Evagrio Escolástico parece reproducir varias cartas enviadas por el patriarca Nestorio durante su exilio al gobernador de la Tebaida; de la primera carta que copia Evagrio extractamos este fragmento que nos interesa: “*En virtud de los problemas recientemente surgidos en Éfeso relativos a nuestra santa religión, vivo, por orden de un decreto imperial, en el Oasis llamado también Ibis... El mencionado Oasis sufrió profundamente la captura de prisioneros por parte de los bárbaros, por los incendios y las masacres...*”; en una segunda epístola informa de que

⁴ No queremos dejar de mencionar aquí *CTh* IX, 32, 1 (a. 409), por la que se castigaba con la deportación al Oasis a los cómplices de la toma ilegal de aguas del Nilo; cf. M. Vallejo Girvés, “*In insulam deportatio* en el siglo IV d. C.”, cit., 166.

⁵ Athan., *Hist. Arian. ad Monach.* 72; *Ibid. Apol. ad Const.* 32. Por estos dos pasajes también conocemos que otros obispos egipcios fueron desterrados al Oasis de Amón (Siwa), que es descrito en similares términos. Cf. A. Martín, *Athanase d’Alexandrie et l’Église d’Égypte au IVe. siècle (328-373)*, Roma 1996, 492-493.

⁶ *Mart. S. Artemii* (PG 115, 1187)

⁷ También habla de él, Ieron., *Epist.* 60, 18.

⁸ Zos. V, 9, 5-6 (trad. de J. M^a. Candau, *Zósimo. Nueva Historia*, Biblioteca Clásica Gredos 174, Madrid 1992); cf. J. B. Bury, *History of the Later Roman Empire from the death of Theodosius I to the death of Justinian*, vol I, reimpr. Dover 1958, 117-118.

“...el Oasis de Ibis ha sido recientemente devastado por una multitud...”⁹. A estas noticias añadiremos que Gregorio Nacianceno calificaba al Oasis como un desierto inhumano¹⁰.

El desierto líbico, que ocupa la orilla izquierda del Nilo, se ve interrumpido por la presencia de varios oasis; así, de Sur a Norte nos encontramos con los grandes oasis, vinculados a la Tebaida, de El-Khargeh y Dakleh; los pequeños oasis de Faragra y de Bahariya, y por último el Oasis de Amón (Siwa), éste más occidental, cercano a los límites de Libia¹¹. Desde que Heródoto hablara de la ciudad de “Oasis...que dista de Tebas siete jornadas de camino, a través de una zona desértica...”¹², en la Antigüedad pareció asumirse la idea de que cuando se hablaba de Oasis se estaba aludiendo siempre al *Gran Oasis* de la Tebaida, singularmente el mayor de ellos, El-Khargeh. En el texto de Zósimo que hemos reproducido se hace referencia a que “*fue recluido en Oasis*”, referencia que nos acerca bastante a la denominación herodotea, razón por la cual no consideramos que haya dudas respecto a que en este caso estamos ante una descripción del Oasis de El-Khargeh. Tampoco presenta problemas la identificación del oasis de reclusión de Nestorio pues dice “...vivo... en el Oasis llamado también Ibis...”, ya que la gran ciudad del norte del Gran Oasis de El-Khargeh es/era *Ibis/Hibis*¹³. Y lo mismo cabe deducir de las palabras de Atanasio pues habla del Gran Oasis, que en el mismo pasaje distingue del “*Oasis de Amón, en Libia*”.

Llegados a este punto, observamos una notoria coincidencia entre los autores que aluden a destierros en el Gran Oasis: las características con las que es presentado este territorio egipcio no le hacían precisamente un lugar agradable en el que vivir. Ahora bien, esta perspectiva contrasta vivamente con otras descripciones que en la Antigüedad Clásica y Tardía se hicieron de las características físicas y vitales de la vida en el Oasis, ya que, aunque existe unanimidad respecto a las difíciles condiciones por las que atravesaban los viajeros hasta llegar al Gran Oasis, mayoritariamente es presentado como un lugar

⁹ Evagr., *HE* I, 7.

¹⁰ Greg. Naz., *Or.* XXV, 14 (*PG* 35, 1217). Todas estas noticias aparecen también en G. Wagner, *Les Oasis d'Égypte à l'époque grecque, romaine et byzantine d'après les documents grecs (recherches de papyrologie et d'épigraphie grecque)*, El Cairo 1987, 117-118.

¹¹ Cf. G. Wagner, *op. cit.*, 124-127 y 131-134 y M. Reddé, “Les Oasis d'Égypte”, *JRA* 2, 1989, 285 (se trata de un comentario a la monografía de Wagner, citada en esta misma nota), sobre la validez topográfica o administrativa de esta particular denominación toponímica.

¹² Hdt. III, 26, 1 (trad. de C. Schrader, Biblioteca Clásica Gredos 21).

¹³ *Vid.* G. Wagner, *op. cit.*, 155-157.

notablemente poblado¹⁴, muy fértil, saludable e irrigado; puesto que sería muy prolijo enumerarlas y reproducirlas aquí y dado que han sido muy bien estudiadas por G. Wagner en su monumental obra sobre los Oasis egipcios, que venimos utilizando en este trabajo¹⁵, nos centraremos en la descripción que del Gran Oasis proporciona Olimpiodoro, un autor perteneciente a la Antigüedad Tardía, ya que, además de que en esencia la suya coincide con las demás descripciones clásicas, este autor visitó el Gran Oasis.

Además de ser nativo de la Tebas egipcia, Olimpiodoro volvió a esa tierra c. 421 d. C., llegando hasta Syene y penetrando incluso más allá, hasta arribar al territorio ocupado entonces por los blemíes¹⁶; posiblemente en el contexto de ese viaje visitó el Gran Oasis, que es descrito como de clima agradable, donde los epilépticos se curan debido a la gran calidad del aire, donde los árboles siempre tiene frutos; donde se pueden producir hasta dos o tres cosechas al año, donde la irrigación está asegurada por los numerosos pozos excavados¹⁷. La presentación que del Oasis hace Olimpiodoro sí lo convierte en un lugar adecuado para el desarrollo de la vida humana en no excesivamente malas condiciones. De hecho, textual y arqueológicamente hablando conocemos bastante bien sus peculiaridades vitales durante la Antigüedad Tardía y éstas no parecen ser excesivamente adversas, pues se constata una densidad de población muy notable, un sistema de irrigación muy desarrollado, guarnición militar hasta el siglo V al menos, y una fuerte implantación del cristianismo¹⁸.

¿Quién tiene razón? ¿Qué hay detrás de tan diferente presentación de un mismo lugar? La respuesta es harto sencilla, pues lo que hay detrás es el diferente motivo por el que se redactaron esas obras.

¹⁴ Aunque *cf.* puntualmente *infra*.

¹⁵ G. Wagner, *op. cit.*, 114-117, y *cf.* C. Décobert, “Un espace-prétexte: Les Oasis d’Égypte vues par les géographes arabes”, *Studia Islamica* 55, 1982, 98-100 y 109, para la perpetuación de descripciones de este mismo tenor en autores de época islámica, como Al-Ya’qûbî y Al-Mukaddasî.

¹⁶ Olimp., *fr.* 35.2. *Vid.* J. Desanges, *Catalogue des tribus africaines de l’Antiquité Classique à l’ouest du Nil*, Dakar 1962, 184-187. Sobre los blemíes, *cf.* en general, R. T. Updegraff, “The Blemmyes I: The Rise of the Blemmyes and the Roman Withdrawal from Nubia under Diocletian”, H. Temporini ed., *Politische Geschichte (Provinzen und Randvölker: Afrika und Ägypten)*, ANRW 10. 1, Berlín-Nueva York 1988, 44-106, pero especialmente 68-90, para el período inmediatamente anterior al que nos ocupa.

¹⁷ Seguimos la numeración de R. C. Blockley ed., *The Fragmentary Classicising Historians of the Later Roman Empire. Eunapius, Olympiodorus, Priscus and Malchus. II. Text, Translation and Historiographical notes*, Londres 1983, fragmento que se corresponde con el fr. 33 de la numeración de la edición de C. Müller, *Fragmenta Historicorum Graecorum* IV, París 1885.

¹⁸ Para todo ello remitimos por supuesto a G. Wagner, *op. cit.*, *passim*.

El fragmento que se nos ha conservado de Olimpiodoro es una digresión, aparentemente fuera de un contexto histórico. Es especialmente notable la ausencia de referencias a los recurrentes ataques que los pueblos bárbaros de la zona, singularmente los blemíes, venían realizando sobre los Oasis de la Tebaida¹⁹, ausencia que podría explicarse por la cordial relación que Olimpiodoro mantuvo con ese pueblo, como se deduce de su viaje a territorio blemí, donde fue especialmente bien tratado²⁰; no obstante todo lo anterior, es preciso recordar que este fragmento de Olimpiodoro, como los otros que hemos mencionado de este autor, es un resumen proporcionado por Focio, sin citas textuales²¹, por lo que no estamos en condiciones de saber, a ciencia cierta, si ese autor tebanos proporcionaba más noticias sobre el Oasis, tales como la difícil travesía hasta arribar a ese territorio.

Los textos de Zósimo, Nestorio-Evagrío junto con los restantes citados de Atanasio, Gregorio Nacianceno, etc..., son protagonizados por exiliados, obligados a vivir en el Oasis contra su voluntad. Desde esas dos realidades, ¿podía ser considerado el Gran Oasis egipcio un *locus horribilis* para los allí desterrados?

Es preciso reconocer que las descripciones de los autores cuyos textos hemos utilizado están básicamente referidas al territorio inhóspito, desierto y árido que rodea al Oasis, pero de estos mismos textos se comprende bien que se hacen extensivas esas características adversas al Oasis en sí²². Los desterrados podían justificar que ‘su calidad de vida’ allí era absolutamente precaria²³: se habían visto obligados a residir, contra su voluntad, en un lugar extremo y aislado, prácticamente como una isla, situación que incrementaría la sensación de destierro²⁴; todas las fuentes coinciden en lo dificultoso del

¹⁹ Vid. A. M. Demicheli, *Rapporti di pace e di guerra dell’Egitto romano con la popolazioni dei deserti africani*, Milán 1976, 180-181; G. Wagner, *op. cit.*, 394-397 y F. M. Snowden, *Blacks in Antiquity. Ethiopians in the Greco-Roman Experience*, Harvard 1982, 137-138; L. Cracco-Ruggini, “Conoscenze e utopie: i popoli dell’Africa e dell’Oriente”, *Storia di Roma III. L’età tardoantica I. Crisi e trasformazioni*, Turín 1993, 458-460.

²⁰ Cf. R. Rémondon, “L’Égypte et la suprême résistance au christianisme”, *BIFAO* LI, 1952, 73-76; F. M. Snowden, *op. cit.*, 138; R. S. Bagnall, “Combat ou vide: christianisme et paganisme dans l’Égypte romaine tardive”, *Kiema* 13, 1988, 292-293; F. R. Trombley, *Hellenic Religion and Christianization c. 370-529*. Vol. II, Leiden 1995, 225-235.

²¹ R. C. Blockley, *op. cit.* I, 28.

²² En contra, G. Wagner, *op. cit.*, 119.

²³ Cf. J. Schwartz, *art. cit.*, 1483, quien considera un *topos* literario el relato sobre las malas condiciones de vida de los desterrados en el Oasis.

²⁴ Cf. E. Malamuth, *Les Iles de l’Empire Byzantin. VIIIe.-XIIIe. Siècles*, Paris 1988, 175, por supuesto referido al destierro de carácter insular.

viaje por rutas rodeadas de tierras áridas y desérticas hasta arribar a un territorio más favorable, incluso Atanasio de Alejandría recuerda que la intención de Constancio al exiliar a obispos al Oasis era que murieran durante la travesía²⁵, lo que permite deducir lo complicado del trayecto; se recuerda su aislamiento y una prácticamente segura muerte si se pretendía huir del mismo, el texto de Zósimo es extremadamente ilustrativo de este último extremo. Si a ello añadimos el ataque de pueblos bárbaros –a los que eran indudablemente vulnerables todos los habitantes del Oasis y no sólo los allí desterrados (caso este último descrito en primera persona por Nestorio)²⁶-, podemos comprender sin excesivas complicaciones que el Gran Oasis egipcio fuera, sin duda, considerado un *locus horribilis* para los allí confinados; con seguridad el ‘buen clima’, las ‘buenas cosechas’, la ‘notable densidad de población’²⁷ e incluso la consolidada presencia del cristianismo (esto último válido para los obispos y presbíteros allí confinados) no compensaban en absoluto el resto de las particularidades de su vida en aquel lugar, obligatoria, custodiada, sin posibilidad de escape y prácticamente a merced de los ataques de los bárbaros de la primera catarata.

²⁵ Athan., *Hist. Arian. ad Monach.* 72. Ahora bien, es preciso también recordar la existencia de numerosas pistas que ponían en contacto diversos puntos del valle del Nilo con el Gran Oasis (*cf.* , entre otros muchos, R. S. Bagnall, *Egypt in Late Antiquity*, Princeton 1986, 146).

²⁶ R. Rémondon, *art. cit.*, 73, califica esta época como “*l’époque de la terreur blemmye*” en el Alto Egipto. Como sabemos por Prisco, *fr.* 27, los blemies no fueron derrotados definitivamente por las tropas imperiales hasta c. 451; *cf.* A. M. Demicheli, *op. cit.*, 183-189 y F. M. Snowden, *op. cit.*, 138-139.

²⁷ Aunque *cf.* Theod., *HE* IV, 13, relativo al destierro, en los años sesenta del siglo IV, de un diácono llamado Evolcius a un ‘villa abandonada’ del Gran Oasis.